

La “*pedra angular*”¹

Dura ingratitud

1. Desde muy antiguo, se considera *pedra angular* de un edificio aquella piedra que sirve de base para la cimentación. Es la más importante de todas porque determina la posición de toda la estructura. A veces se coloca en el centro de un arco o en una esquina para darle solidez a la unión de dos muros. De esa noción original arquitectónica, se pasó a una significación cultural y, más específicamente, religiosa. La *pedra angular* es lo más importante en un determinado contexto. En las Escrituras del pueblo de Israel, concretamente en el salmo 118, se dice: *La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra angular. Es el Señor quien ha hecho esto y es admirable a nuestros ojos.* En este escrito resuena la voz de un modesto rey que contra todo pronóstico, por la misericordia de Dios, alcanza la victoria en el combate. Era un monarca despreciado por sus enemigos –una piedra desechada–, pero con la ayuda del Altísimo consigue, para sorpresa de todos, un triunfo inobjetable, se convierte en una *pedra angular*.

En la parábola que acabamos de escuchar², la de los viñadores ingratos y homicidas, Cristo se atribuye a sí mismo este carácter de *pedra angular*. El pasaje evangélico nos ofrece un compendio de la historia de la salvación. El pueblo de Israel es como esa hermosa viña cuidada con esmero por el Señor. Jesús evoca implícitamente el canto de Isaías que nos propone la primera lectura³, en el que Dios –como un generoso Viñador– pone todo su empeño en la preparación del terreno (removiendo la tierra, quitando la piedras, sembrando vides selectas...) y los demás cuidados necesarios (construcción de la torre y del lagar...) esperando con ilusión buenos frutos, y luego se encuentra con la amarga frustración de cosechar uvas agrias, incomedibles.

Dirigiéndose a las autoridades del pueblo, Jesús evoca el modo en que su Padre Celestial, con paciencia infinita y tras un trabajo de labranza, espera frutos y envía para recogerlos a sus criados, los profetas. Y resulta que aquellos desalmados no solo le niegan lo que en justicia le corresponde, sino que reaccionan violentamente: *se apoderaron de los criados, golpearon a uno, mataron a otro, y a otro más lo apedrearon.* El paciente amo repite la operación y obtiene el mismo resultado; y, cuando finalmente, decide mandar a su hijo amado suponiendo que a él sí lo respetarán: *se dijeron unos a otros: “Este es el heredero. Vamos a matarlo y nos quedaremos con su herencia”. Le echaron mano, lo sacaron del viñedo y lo mataron.*

Edificar sobre buen cimiento

2. Los israelitas en el Antiguo Testamento y los dirigentes del pueblo en tiempos de Cristo, son esos labradores que se resisten a la gracia y desprecian las llamadas del Señor, incluso ante la presencia de su propio Hijo. La consecuencia, decíamos al principio, es clara. Si rechazan la *pedra angular*, su edificio se vendrá abajo y será necesario construir

¹ Homilía en el XXVII domingo del tiempo ordinario, ciclo A.

² Evangelio, *Mateo* 21, 33-43.

³ Primera lectura, *Isaías* 5, 1-7.

uno nuevo: *Por esta razón –dice Jesús– les digo que les será quitado a ustedes el Reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos.*

Los principales apóstoles, tanto san Pedro como san Pablo, van a evocar esta expresiva imagen en su predicación. En uno de sus primeros discursos ante las autoridades de Israel reunidos en el Sanedrín, el Príncipe de los Apóstoles, luego de haber curado al paralítico frente al Templo, lleno de la fuerza del Espíritu Santo argumentará que si ha sido capaz de hacerlo, no fue por él mismo, sino por el poder de Jesucristo a quien ellos crucificaron y Dios resucitó de entre los muertos. Y concluye: la piedra rechazada por los constructores se convirtió en la *piedra angular*⁴.

Pablo, por su parte, en la epístola a los Efesios, queriendo exaltar la enorme dignidad que han recibido los que antes eran paganos, les dice: *Ya no son ustedes extranjeros ni advenedizos; son conciudadanos de los santos y pertenecen a la familia de Dios, porque han sido edificados sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas, siendo Cristo Jesús la **piedra angular***⁵.

¿Y nosotros?

3. Ahora bien, no seamos tan rápidos para condenar a aquellos hombres, y pensemos más bien en nuestra situación personal. El Señor también espera de nosotros buenos frutos, ¿los damos? San Pablo nos acaba de recordar en la segunda lectura: *hermanos, aprecien todo lo que es verdadero y noble, cuanto hay de justo y puro, todo lo que es amable y honroso, todo lo que sea virtud y merezca elogio*⁶. ¿Lo hacemos? O, por el contrario, ¿nos permitimos pequeñas compensaciones que nos apartan de Dios? Un punto concreto, importante y muy actual. Ante las deficiencias que apreciamos en las autoridades políticas de diversos niveles, ¿nos limitamos a una crítica destructiva y estéril? O, por el contrario, ¿procuramos aportar lo que esté de nuestra parte para solucionar los problemas? ¿Influimos en el ambiente en donde se desenvuelve nuestra vida familiar o profesional con propuestas inspiradas en el Evangelio? ¿Orientamos los temas candentes en la opinión pública con las enseñanzas de la Iglesia?

Hoy, 4 de octubre, que recordamos a la insigne figura de san Francisco de Asís, ¿cómo no traer a la memoria a aquellos frailes franciscanos que en los albores de la evangelización de este continente –hace ahora quinientos años– con tanta abnegación y entrega difundieron por estas tierras el mensaje cristiano? Algunos españoles de entonces cometían abusos; incontables indígenas estaban sumergidos en la idolatría y la superstición; no faltaban malas costumbres... Pero ellos no se lamentaron inútilmente sobre la situación, sino que se pusieron a trabajar y realizaron una imponente transformación en todo México.

Con la ayuda de los Ángeles

⁴ Cfr. *Hechos* 4, 8-11.

⁵ *Efesios* 4, 19-20.

⁶ Segunda lectura, *Filipenses* 4, 8.

4. Queridos amigos, pues nosotros igual. Con la meditación de estos textos, empeñémonos en aprovechar el tiempo –que siempre es corto– y, apoyados en nuestros Ángeles Custodios cuya memoria litúrgica acabamos de celebrar, trabajemos para dar frutos auténticos –uvas grandes y dulces– de santidad y de apostolado. Quizá nos ayude considerar que nuestro Custodio (al que podemos llamar por el nombre que nos resulte más adecuado), nos acompaña en todo momento y se alegra cuando ve que nos comportamos como hijos de Dios. Y, por el contrario, que se pone triste cuando nos ve tonteando por la vida.

Acudamos también a María, la Virgen del Rosario, a lo largo de este mes que le está dedicado, pidiéndole que nuestras acciones se apoyen siempre en Cristo, la *pedra angular* de nuestra entera existencia.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 4 de octubre de 2020.